

MADRIGAL de las Altas Torres, donde adelgaza el viento castellano su presagio infinito y en donde una luz clara se orienta hacia las lindes de los mares platónicos con brújula cautiva. Madrigal de la Reina Católica, en su nombre, armonía y dulzura del pensamiento, apunta la redondez del mundo, y en sus torres de brisa enarbolado y solo un corazón suspira, desatado de joyas terrenales y en alto, como una sensitiva plegaria de Castilla. Es cierto, allí nació. Pero su cauda viva del tono de las aguas de América, y su vista de aquel azul celeste que condensa el empíreo en ala de presagio o en fulgor que descubre, llegaron a las Indias sobre las garzas núbiles y los albatros verdes y las algas moradas y con el rayo occiduo del sol mundonovista. Más que del Guadarrama, garra de los leones de frío, que perfilan sus melenas de viento; más que de Avila, en donde cristaliza Teresa en un ambiente puro, detrás de sus murallas el palacio encantado de ir hacia Dios, la Reina es de la tierra nueva, vuelo de loros músicos que ensayan para ella las notas del romance, de las aguas caribes que cuajan las inéditas perlas en que el Oriente amanece rosado, de la vértebra andina del Ecuador que labra doseles de diamante para el águila, y alza bajo su garra férrea humo de cráter, lava, flama del Chimborazo, riscos del Tungurahua. Que sus plantas hollaron nieves de Gredos. Fuera maternal y piadosa por el árido campo, que divisara chopos y pinos y luciérnagas, ciervos de Ríofrío y en Aranjuez faisanes, que su mano en Toledo extendiera al mozarabe, descifrando el lenguaje acerado del Tajo... Aquí su testamento salva de la arenilla, de la luz del museo, del códice sin brillo; salva del ataúd del peregrino, salva de la línea de Europa y del barco de arcilla. Un polvo de luceros sobre su pliego irisa, un cetro de palomas sobre sus manos vuela y una elástica llama de alma de niebla, en ágil arco de lana fina, con ojos casi humanos ante su corazón de Reina se arrodilla. Aquí, en este castillo de Medina del Campo, vivió y murió entre almenas de severos ladrillos; mas desde su alta torre con vigías de púlpito, para los mares luengos dió su fe como un mástil, sus collares joyantes para las jarcias, toda su voluntad y el índice de bendición, profético, el anillo de brújula del poder de su dedo. Por ella es que Persiles y Segismunda viajan en lengua de Cervantes a las tierras de América. Por ella Garcilaso los secretos del Inca y el español abuelos relata en La Florida, y del idioma nuestro la sabia arquitectura recompone a su diestra el maestro Nebrija. Después duerme la Reina, y acaso sueña, acaso en América sueña por los siglos, buscando, como ayer, en la cruz las señales del hombre, la bondad de las lianas, la vegetal cerámica en que muestran su esmalte precioso las orquídeas, los vientos andaluces que en Nuevo Mundo riegan el decir de sintaxis sonriente y flexible, las rosas que brotaron en la América suya, nacidas de las cepas antiguas de Castilla.

AUGUSTO ARIAS



Orla para la Reina Isabel